

EL PADRE BONAL DE TERRADAS



Cofundador de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana

Por José M. Peix Parera

Durante mi infancia recuerdo haber oído varias veces a mi abuela paterna, que en la familia había habido un santo y que ella ostentaba con orgullo su apellido. Se llamaba Dolores Selva y Bonal. Mucho se envanecía de ello y aprovechaba cualquier ocasión para explicárselo a los nietos. Y nosotros dando alas a nuestra imaginación nos parecía ver ya a nuestro antepasado convertido en una imagen colocada en los altares de la iglesia, siendo venerado por todo el mundo. Pero es que además de santo nos decía que se había distinguido como un héroe en la Guerra de la Independencia. Si lo primero calaba muy hondo en nuestro espíritu, lo segundo nos llenaba de admiración pensando en los actos heroicos que realizaría contra los franceses. Una amalgama de ideas y de hechos se forjaban en nuestras infantiles mentes siempre dispuestas a asimilar todo cuanto se sobrepasa de lo normal y raya los linderos de lo heroico y de lo sublime. Por eso nos impresionaba profundamente el relato de nuestra abuela cuando nos hablaba con tanto interés y con tanta vehemencia de su querido familiar muerto en olor de santidad.

Han pasado los años y el tiempo que todo lo borra me hizo olvidar aquellas narraciones familiares que fueron el encanto de

mi niñez. Pero, no hace mucho con ocasión de estar hospitalizado un familiar mío en la Clínica de N.ª S.ª, del Pilar de Barcelona, al ponerme en contacto con las monjas de dicho centro benéfico, surgió ante mi nuevo el pasado y pude comprobar sino en todo en parte la veracidad de los relatos de nuestra abuela. Era ciertísima la existencia de su antepasado que ella ya canonizaba. No era todavía santo, pero sí la Iglesia lo reconocía como Beato y su nombre además iba aureolado con la gloria inmarcesible de los héroes. Por todo Aragón y particularmente por Zaragoza era conocido y amado el P. Bonal, que este es el nombre de nuestro antepasado. Era ampurdanés, del pueblecito de Terradas y de humilde origen. Demostró poseer siempre una gran vocación para la carrera eclesiástica y ya convertido en apóstol del Señor sintió unos imperiosos deseos de hacer algo extraordinario para los pobres y desvalidos a quienes tanto amaba. Desde el Santuario de Nuestra Señora de Salz desierto de Zuera, le habló el Crucifijo que siempre llevaba diciéndole: "Quiero que fundes una Hermandad de Caridad, ya te mostraré cuándo y dónde", y siempre le acompañó en sus pensamientos esa llamada divina que le movía a amar más a los necesitados y en

su mente bullían variados proyectos y grandes deseos de cumplir la voz del Señor. Pero no había llegado todavía la hora de ponerlos en práctica. Todo se realizaría en el momento oportuno y sería Zaragoza la bella ciudad del Pilar la que vería en su seno la cristalización de la obra tanto tiempo deseada por el Padre Bonal: la Hermandad de la Caridad que luego se llamaría Instituto de las Hermanas de Santa Ana. Gracias a la Madre Superiora y demás Hermanas de la Clínica del Pilar de Barcelona a cuya orden pertenece pude enterarme con todo detalle de la vida y obras del Beato Padre Bonal.

* * *

El Padre Bonal se llamaba Juan Bonal Cortada. Era oriundo de Terradas (Provincia de Gerona) y era hijo de José Bonal Trica y Francisca Cortada Muni cuyo matrimonio celebró el 22 de noviembre de 1768. En su partida de bautismo se lee: "Nació el día 24 de agosto festividad de San Bartolomé del año 1769, Juan Bonal Cortada. Fue bautizado el 27 de agosto festividad de San José de Calasanz con los nombres de Juan, José y Jaime; fueron padrinos: el abuelo materno Juan Cortada Pagés y la abuela paterna Rosa Bonal Trilla. Fue confirmado en Figueras el día 1 de julio de 1772, por el Obispo de Gerona, D. Manuel Palmero; apadrinole su tío José Bonal que falleció en 1805.

En su tierna infancia demostró poseer como algo innato en él una natural inclinación hacia los pobres y desvalidos. Sentía una gran compasión por ellos y les amaba por su pobreza y por sus penalidades. Su piedad movíale a pedir limosna a sus padres para socorrer a los niños necesitados y en esta obra de misericordia hallaba un gran consuelo y una plena satisfacción su alma pura y diáfana. Encontraba más felicidad haciendo bien al prójimo que en los juegos infantiles. Es que ya de pequeño sintióse atraído por el sacerdocio.

Ya mayor estuvo en Huesca estudiando Filosofía en su Universidad pasando después a Barcelona donde por espacio de tres años estudió Teología en el Colegio de los P. P. Dominicos y terminó sus estudios en la Universidad de Zaragoza, distinguiéndose siempre por su ardiente caridad visitando los encarcelados y pobres del Hospital. Mientras fue estudiante siempre repartió su tiempo entre sus estudios y la práctica de la caridad a los necesitados. Así iba modelando su alma para la gran obra de humanidad que Dios le iba a confiar.

* * *

Su gran fe y su ferviente amor a los pobres y enfermos le llevaron por caminos muy distantes de su tierra natal. Tuvo que

ser en las tierras aragonesas donde sus más puros anhelos hallaron plena satisfacción. Allí encontraría el camino tan ansiado que le conduciría a su total entrega para el alivio y curación de enfermos. Y no sólo atendería a los males del cuerpo sino que ejercería con éxito su apostolado como misionero, atendiendo a los sufrimientos y penas que torturarán el alma.

En el año 1804, la Junta del Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia que era tan conocida con el nombre de la "Sitiada", le encargó al Padre Bonal que se hiciera cargo de la dirección del mismo y al propio tiempo subsanase los defectos que entorpecían su buen funcionamiento. El santo Hospital había pasado por malos momentos. Necesitaba nueva savia que lo fortaleciera moral y materialmente. Hacía falta una dirección eficiente que lo levantara de su prostración. Debían corregirse los errores cometidos e introducir las reformas necesarias para que la humanitaria labor perdurase con éxito. Al Padre Bonal pues le otorgaron este cargo de confianza. A nadie más consideraron con más méritos para desempeñar la dirección del Santo Hospital. Además de Director le nombraron también Pasionero.

El día 13 de diciembre de 1804, salía el Padre Bonal de Barcelona junto con doce Hermanos y doce Hermanas, entre ellas la Madre Ráfols que era entonces muy joven y que había escogido para que le ayudasen en la organización y puesta en marcha del Santo Hospital. Llegaron a Zaragoza el día de Inocentes. Al erigirse como Director de todos ellos movíale al Padre Bonal un más alto deseo inspirado por Dios. Tenía el propósito de crear una nueva congregación y aprovechó esa conjuntura para dar plena satisfacción a sus anhelos. Así quedó fundada la Hermandad de la Caridad que se llamó Instituto de los Hermanas de Santa Ana. Por desgracia el Instituto de los Hermanos se agotó pronto.

El celo que puso el Padre Bonal en el desempeño de su cargo, secundado por la valiosa aportación de las Hermanas, se tradujo pronto en una serie de mejoras que introdujo en el Santo Hospital y en una efectiva y eficaz organización que mereció la aprobación y aplauso de la junta del mismo y el afecto y agradecimiento de los enfermos.

En cuanto a su Hermandad fue para ella, un Santo Director. Predicaba con su ejemplo. "El Padre Bonal —escribe la Madre Ráfols— siempre fue para la Hermandad un Santo Director más con su ejemplo que con sus palabras; tenía gracia especial para dirigir las almas y mover a contrición a los pecadores más endurecidos. Por experiencia puedo decir que era un gran santo y aunque muchas veces no estaba en Zaragoza, cuando volvía siempre nos hacía una exhortación

en común y sin embargo cada una recibía lo que necesitaba como si predicara para ella sola”.

El Padre Bonal vivió siempre entregado a su Hospital. Toda su vida fue una continua manifestación de una heroica caridad. Buscaba recursos por todas partes para allegar fondos para sus enfermos. Recorría pueblos y pueblos de diversas provincias españolas pidiendo limosna para sus enfermos y viejo ya seguía siendo limosnero hasta poco antes de morir. Siempre vivió pobremente. Pudo ser rico pero prefirió la pobreza. Nada quería para sí. Su mayor alegría era socorrer a los necesitados llegando a dar sus vestidos y calzado a los pobres. Pos esto le amaban tanto.

Tenía una gran ilusión. Deseaba que la Congregación se ocupase de la enseñanza y educación de las niñas para que fuesen excelentes madres de familias cristianas o bien se preparasen para ser útiles a los Hospitales cuidando a los enfermos o se entregasen a la educación o la enseñanza de la juventud de tantos pueblos que vivían en la mayor ignorancia. Para ello quiso escribir unas normas adecuadas para la formación de las jóvenes pero no llegó a realizar sus propósitos. Su preocupación por los jóvenes era constante. La madre Ráfol's decía del Padre Bonal: “Es un santo; así lo creen también mas Hermanas y a él nos encomendamos como grande protector que tenemos en el cielo”.

* * *

Cuando el Padre Bonal demostró su gran celo apostólico, su abnegación y su heroísmo fue durante los Sitios de Zaragoza. No sólo atendía a los enfermos del hospital sino a los heridos y a todos cuantos necesitaban de sus servicios espirituales. Las balas enemigas se cebaban contra los zaragozanos. Los frecuentes bombardeos destruían e incendiaban sus casas. Ardió también el Hospital y el P. Bonal expuso su vida por salvar a sus enfermos. “No vaciló en ponerse entre las llamas para salvar a los enfermos que estaban en peligro”.

Movido por su fe y por su celo apostólico acudía a las primeras líneas de batalla para dar los últimos auxilios a los moribundos y lo mismo atendía a los españoles que a los franceses. A más de ochocientos asistió en aquellos momentos postreros en que los sitiados y sitiadores se debatían entre la vida y la muerte. Otras veces se introducía entre el enemigo y sin más armas que un Crucifijo exhortaba a los franceses a que cesasen de atacar la ciudad de la Virgen. El francés Lejenne, cuenta lo siguiente del Padre Bonal en su Historia de la Guerra de la Independencia: “Un día, uno de esos sacerdotes de figura venerable era el Padre Bonal

de porte majestuoso y de elevada estatura avanzó hacia nosotros (traspasando las trincheras del arrabal) revestido con hábitos sacerdotales y llevando en la mano un Crucifijo. Avanzaba con paso resuelto y grave, sin preocuparse de los peligros que le rodeaban. Su aspecto lleno de confianza, era el de un hombre que inspirado por la voz de Dios dijese: “Señor, sigo tus órdenes; desvía los perversos designios del enemigo”. “Cuando estuvo bastante cerca de nuestras avanzadas para poder hacerse oír de ellos se detuvo y pronunció con voz sonora y firme en nombre de la Religión una exhortación conmovedora para que desistiéramos de atacar inútilmente una ciudad que la Santísima Virgen



del Pilar tenía bajo su amparo. Varias veces se le insinuó que desistiese de la misión que tan valerosamente desempeñaba, pero él insistía en ella y sólo cuando oyó varios disparos hechos en el aire enderredor suyo, determinó alejarse de un auditorio tan mal dispuesto a escucharle y pudo entrar en la ciudad sin accidente”.

El General Palafox lo tuvo siempre como “un sacerdote de reconocida virtud, vida ejemplar y heroica y celo por la gloria de Dios, sobresaliendo en estas virtudes como el que más. “Y además reconoció convencido que era el Padre Bonal el más merecedor de recoger donativos y limosnas para el Hospital (diciembre de 1808). Zaragoza lo ha considerado siempre como uno de sus héroes.

Terminó la guerra y con el Hospital deshecho el Padre Bonal recorrió lugares y lugares en busca de limosnas para rehacerlo. Pasó muchas penalidades y sinsabores. Le calumniaron pero de todo salió vencedor y el Hospital volvió a funcionar y con las limosnas de los últimos tres años de su vida se pudo edificar un departamento para los pobres dementes. Todavía vivió unos años más

siempre entregado a su penosa labor hasta que la muerte le halló en el Santuario de N.^a S.^a de Salz en el término de Zuera en 1829 siendo su muerte muy sentida por todos cuantos tuvieron contacto con él. Nunca como entonces fueron apreciadas sus grandes virtudes y muchos fueron los que le consideraron como un santo. Los criados y dependientes del Hospital decían de él: "Llenar el hueco del Padre Bonal es imposible, sólo por ser él tan santo como era".

"Ha terminado la edificante carrera de su vida" decía la M. Ráfols, como soldado valiente en el campo de batalla. Nuestro Señor Jesucristo le había premiado una vida tan llena de merecimientos y heroicas virtudes y no habían sido pocas las almas que había encontrado en el Cielo, que se salvaron por su mediación. Dios me ha inspirado que consignara estas pequeñas notas para que

no olviden mis hermanas lo mucho que se ha sacrificado el P. Juan por esta Hermandad y pobres de Jesucristo".

Sus restos trasladados del Santuario de Salz al Santo Hospital de Ntra. Sra. de Gracia de Zaragoza, fueron conservados en el primitivo sepulcro, en la Cripta de dicho Hospital. Luego fueron trasladados solemnemente el día 10 de octubre de 1925 a la Iglesia del Noviciado de Santa Ana, siendo colocados en un sencillo sepulcro, completado con el relieve que nos lo presenta asistiendo a un moribundo. Se halla este sepulcro en el lado de la Epístola, frente al de la Madre Ráfols.

Por sus relevantes virtudes, la Iglesia ha declarado Beato al Padre Bonal y esperamos como de la cantera religiosa del Ampurdán, salga a no tardar un nuevo santo: San Juan Bonal. En ello tenemos puestas nuestras esperanzas.